

HAZ TU LO MISMO

REFLEXION

8



ARZOBISPADO DE SANTIAGO-VICARIA DE LA SOLIDARIDAD

Producción: Vicaría de la Solidaridad

Plaza de Armas 444-Casilla 30 D - Santiago de Chile

Índice

	Pág.
Introducción	5
Capítulo 1: Jesús, el Buen Samaritano	7
1. El buen samaritano, es un peregrino	9
2. El buen samaritano, es un servidor	10
3. El buen samaritano, es servidor en el riesgo	11
4. El buen samaritano, es el liberador	12
Capítulo 2: El amor al enemigo	17
1. El amor que muestra Jesús	19
2. Si así nos amó Dios	20
3. El amor al enemigo	21
Capítulo 3: La pobreza es condición para el amor	25
1. Jesús, pobre, humilde y libre de corazón	27
2. La pobreza según el Evangelio	28
3. Tres expresiones de pobreza en el amor	30
a) La humildad de aceptar ser hijos de Dios	30
b) La solidaridad con los pobres	32
c) La pobreza material	33
Capítulo 4: La obediencia en el amor	37
1. Tres obedientes	39
2. Fundamentos de la docilidad	40

3. Las grandes expresiones de obediencia	41
a) Obedecer a la verdad	41
b) Obedecer a la historia	42
c) Obedecer a la Iglesia	43
d) La obediencia a las autoridades de la tierra.....	44
e) Obediencia a la inspiración del Espíritu Santo	45

Capítulo 5: Los heridos del camino 49

1. ¿Quiénes son los pobres en nuestro tiempo?	51
2. La posición de la Iglesia	53
3. La Iglesia y los ricos	54

Capítulo 6: Algo parecido a una brújula 57

1. Meta final: Evangelizar construyendo el Reino de Dios	59
2. Tres virtudes sin las cuales el viaje fracasa	60
3. El estilo del viaje que muestra el sermón de la montaña	61
4. La visión en profundidad que trae la vida de oración	61

introducción

Estas reflexiones están destinadas a los cristianos que buscan caminos de crecimiento en su vida interior y que muchas veces no saben por dónde avanzar y profundizar su fe, su esperanza y su amor.

No pretenden agotar el tema y están escritas para quienes desean tomar en serio el Evangelio y la Persona de Jesús. He querido, con ellas, ofrecer algunos elementos para quienes buscan un camino de crecimiento en medio de las realidades que vivimos hoy día en Chile.

Se han escrito pensando en los tres grandes problemas que los Obispos de Chile hemos señalado en nuestras orientaciones pastorales para los próximos tres años: el sexo y la familia; el dinero y la justicia; la violencia y la paz. Están dirigidas a los laicos cristianos, a las religiosas y sacerdotes que buscan sinceramente construir el Reino de Dios y Su Justicia.

Pretenden mostrar un posible itinerario, no el único, para crecer en la vida cristiana. El laicado necesita profundizar en el seguimiento de Jesús y en estas líneas se presenta un esbozo de ese camino. Los sacerdotes y religiosas también necesitan profundizar y concretar su entrega a Dios. Ojalá que todos encuentren en estas reflexiones un apoyo en su búsqueda de Dios y del Evangelio.

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

TALCA, Fiesta de la Asunción de la Virgen María, 15 de Agosto de 1978.

capítulo I

Jesús, el buen samaritano



Capítulo 1

Jesús, el Buen Samaritano

El Evangelio de San Lucas (capítulo 10, versículo 25-37) nos trae la respuesta de Jesús al hombre que le preguntó quien era su prójimo. Es la historia del buen samaritano que encontró a un hombre herido en el camino y se preocupó por él hasta las últimas consecuencias.

Jesús terminó su narración diciéndole al hombre de la pregunta: "Anda y haz tú lo mismo".

En este pasaje está retratado el mismo Jesús que nos muestra lo que tenemos que hacer si queremos seguirlo a El y a su Evangelio.

El rostro del Buen Samaritano es el rostro de Jesús y la riqueza de este pasaje nos debe llevar a meditar en la Persona de Jesús, a comprender a la Iglesia y encontrar un camino concreto de vida cristiana para nuestro tiempo.

Aquí está retratada la Iglesia "Pobre, misionera, desligada del poder y comprometida en la liberación integral de los hombres", que soñábamos los Obispos en Medellín.

En ese rostro de Jesús se han identificado en forma perfecta todos los valores cristianos, porque El es el modelo perfecto y será siempre nuestro guía y nuestro ideal.

1. El Buen Samaritano, es un peregrino.

"Llegó cerca del camino un samaritano que iba de viaje" (Lc. 10,33).

Era un peregrino, con poco equipaje, liviano y ágil; lo contrario de una persona instalada. Va caminando libremente y sin amarras de ninguna especie.

Jesús, es un peregrino; "no tenía donde reclinar su cabeza" y se nos presenta como un itinerante de los caminos de la vida.

El pide que "no se lleven alforjas o provisiones para el camino" e insiste en que "cada día tiene su afán". Nos pide vivir "como los pájaros del cielo, como las flores del campo".

Es el peregrino de Emaús que acompaña a los dos discípulos angustiados que han perdido la esperanza. Es un compañero de viaje de toda la humanidad que sufre. Es un amigo que va siempre con los hombres que muchas veces no lo conocen, pero que pueden descubrirlo "al partir el pan".

Nunca será posible pensar en Jesús instalado o adormecido. Nunca podremos imaginar a Jesús rutinario. Jesús es un peregrino ágil, creador; un inquieto buscador de caminos nuevos. Es un sembrador de esperanza y de amor.

Los cristianos debemos caminar tras las huellas del buen samaritano sin instalarnos en la comodidad, porque no tenemos derecho a ser mediocres. Pero qué fácil es acostumbrarse a ser cristianos y qué fácil es acomodarse a

todo. Poco cuesta "aprender a vivir" y olvidar que la Iglesia de Jesús debe vivir siempre en éxodo y en camino. A veces atravesará desiertos, tendrá días de lluvias y tendrá días de sol. Jamás podrá olvidar que "los grandes avances del cristiano y de la Iglesia, han florecido en los desiertos, en las crisis, en las dificultades".

Los cristianos, si queremos seguir a Jesús, al peregrino de los caminos, debemos tener mentalidad de nómades peregrinos y no de sedentarios instalados.

La Iglesia de Dios es un Pueblo en éxodo permanente. Los pastores no pueden olvidarlo. Si ellos pierden esa condición, el pueblo se instalará rápidamente porque tienen la memoria frágil.

Si aparecen señales de rutina o no hay expresiones imaginativas de creatividad, será un aviso de Dios para recordar que se está perdiendo algo muy importante.

Estamos cimentados en Jesús que es nuestra seguridad; pero ese cimiento y esa seguridad tienen las condiciones de un peregrino.

Jesús es nuestra seguridad; pero es la seguridad de un peregrino. Olvidar esa condición es pecar contra el Evangelio.

2. El buen samaritano, es un servidor.

"Vio al herido del camino, se compadeció. Se le acercó, curó sus heridas con aceite y vino

y se las vendó. Le puso en su cabalgadura, lo llevó al hotel y se encargó de cuidarlo" (Lc. 10, 33 y 34). El buen samaritano es un servidor a imagen de Jesús que "viene a servir y no a ser servido" en un servicio silencioso, discreto y no personalista.

Los samaritanos y los judíos eran pueblos adversarios y rivales, distanciados por competencias y luchas de sus antepasados. Había entre ellos prejuicios y sentimientos de hostilidad; pero el buen samaritano rompe todo ese pasado y sólo ve a un hombre que lo necesita. Se compadeció e hizo lo que pudo por el herido del camino. Era un desconocido anónimo y sin historia; pero estaba necesitado de apoyo y eso bastaba.

Sabe que el precio del servicio es pasar desapercibido. Atiende al herido y después pagará los gastos de todo lo sucedido. "Cúidelo, le dice al hotelero, lo que gaste de más, lo pagaré cuando vuelva" (Lc. 10,35).

Es el servicio desinteresado, anónimo, que no busca hacer prosélitos o sacar dividendos. A semejanza del peregrino de Emaús que devuelve la paz a los discípulos y luego desaparece en la noche.

La Iglesia por definición debe ser la servidora del hombre y del mundo. La vocación de la Iglesia es servir por amor y no por interés. Servir por el bien de los otros y no para autojustificarse la existencia. Tampoco se trata de servir para ganar adeptos o ganar

prestigio. El servicio del buen samaritano es gratuito, sencillo y humilde.

El buen samaritano fue eficiente y solucionó el problema del hombre golpeado por los ladrones. No fue únicamente verbalista compasivo. Fue un servicio realista, práctico y concreto. No se quedó en "declaraciones" o en "documentos". Sobrepasó "la reunión" para llegar a la realización.

Hermoso ejemplo para quienes nos quedamos tantas veces en la reunión, en el documento o en el "nombramiento de una comisión" que deberá hacer algo después.

El samaritano del Evangelio hizo un servicio y desapareció. Fue fiel a Jesús que nos pide ser "levadura en la masa", "sal de la tierra y luz del mundo". La levadura se pierde en la harina, la sal se disuelve entre los alimentos y la luz se difundió en el espacio.

La tendencia corriente es quedarse y constituir una estructura especial. Nos agrada crear hospitales "católicos", universidades "católicas" y siempre tenemos la inclinación a crear nuestras fortalezas propias. El samaritano sólo sirvió y se perdió en el camino. Ese tipo de servicio vale mucho. Es evidente que se requieren instituciones y estructuras católicas y de Iglesia; pero no podemos olvidar que Jesús dejó sólo las estructuras indispensables para continuar la evangelización.

El buen samaritano dio lo que tenía y lo que era. Se entregó en un servicio humilde, madu-

ro, y en amor. Será siempre un ejemplo de madurez evangélica, de pobreza en el amor.

3. El buen samaritano es servidor en el riesgo.

Se bajó del caballo, cambió su itinerario, se encargó de cuidarlo, canceló los gastos y "si hay gastos nuevos, yo pagaré cuando vuelva" (Lc. 10, 30 al 36).

El sacerdote y el levita vieron al herido; pero "pasaron de largo". Tenían miedo a los ladrones o a comprometerse. Tal vez era ya tarde o tenían mucho que hacer. Es lo que suele suceder en los accidentes del camino y es impresionante ver como los viajeros no se detienen y como "pasan de largo".

Qué fácil es "pasar de largo" y no querer ver los sufrimientos y problemas de los que sufren. Qué fácil es vendarse los ojos o cerrar los oídos para no ver el dolor de los pobres; de los enfermos; de los marginados. Qué fácil es encontrar "buenas razones" para desentenderse del sufrimiento.

Es frecuente encontrar cristianos "correctos", "personas serias y de buenas costumbres" que pasan de largo y no ayudan a nadie. Son tremendamente egoístas y sus pecados de omisión les harán difícil de llegar al Reino de los Cielos. No quieren cambiar sus programas y todo lo imprevisto les molesta de tal manera, que no pueden ver ningún dolor.

Frente a los problemas de los hombres injustamente tratados, frente al hombre que sufre un cáncer, frente a los familiares de un hombre desaparecido, este tipo de cristianos siempre permanece indiferente.

Se les escucha decir: "yo no me meto en problemas", "esto puede ser utilización política" o "puede traerme complicaciones".

Jesús, en la persona del buen samaritano, no pasó de largo. Cambió su programa, superó el temor a los ladrones y corrió los riesgos de asumir el problema del necesitado. No midió los riesgos y no calculó mezquinamente.

Jesús, el buen samaritano, se ha encarnado entre nosotros y nos ha asumido en todo, menos en el pecado. Se hizo uno de nosotros. para salvarnos por amor.

Los cristianos, por fidelidad a Jesús, no podemos pasar de largo. Tendremos que asumir riesgos por servir a los hombres que lo necesitan. Habrá que correr hasta el riesgo de perder la fama o el prestigio; pero el amor nos urge a hacer lo posible por todos.

La Iglesia en Chile ha corrido riesgos y ha sido mal interpretada por muchos. Se ha dicho que "hace política" cuando apoya a los encarcelados, a los familiares de los que sufren, a los cesantes, a los perseguidos. Pero esa es su tarea y si Ella ve en cada ser humano el rostro de Jesús, tiene que ser consecuente. Es demasiado claro el juicio final que relata San Mateo en

el capítulo 25 de su Evangelio y no podemos eludirlo.

Seremos juzgados por el amor y no por el prestigio.

La Iglesia y los cristianos deberán vivir en el riesgo de la novedad, de los cambios. No pueden vivir en la seguridad de lo conocido en el pasado, o en la tranquilidad.

"Un instinto desarrollado en contacto del gran pasado de la vida, me dice que la Salvación para nosotros está en la misma dirección del peligro que tanto nos asusta. Como viajeros arrastrados por la corriente queremos volver atrás. Imposible y fatal maniobra. La salvación para nosotros está a nuestro frente, a pesar de las corrientes impetuosas. No hay retroceso. Sólo se requiere mano segura en el timón y buena brújula". (Theillard de Chardin).

En todas las instituciones eclesiales tenemos la tentación de buscar las seguridades y los mecanismos de defensa para no tener problemas y es humano, es comprensible que así sea; pero no fue lo que hizo Jesús, el buen samaritano.

4. El Buen Samaritano es El Liberador.

Toda la parábola del buen samaritano y toda la vida de Jesús se sintetiza en una palabra: *Liberación.*

El buen samaritano libera al herido de la impotencia ante el sufrimiento y ante sus heridas. Lo atiende, lo cuida y lo acompaña. Lo ayuda a salir de su situación hasta que el herido es capaz de seguir solo. El buen samaritano libera al herido del riesgo de los ladrones y de la indiferencia de los demás. Lleva el herido al hotel, se hace cargo de su cuidado: "Cúidalo. Lo que gastes de más yo te lo pagaré a mi vuelta". El buen samaritano facilita que el hombre se ponga de pie y pueda valerse por sí mismo. Sabe que es sólo un apoyo transitorio porque va de paso. Acompaña al hombre hasta que éste puede seguir solo. Entonces, otra vez, se pierde en el anonimato.

Esto es posible porque el buen samaritano es un hombre libre. Libre de los prejuicios que había entre su pueblo y los judíos. Libre de sentimientos de falsa seguridad. Libre de sí mismo, de su tiempo, de su apuro, de sus programas, de sus temores. Libre para dejarse llevar por la necesidad del herido y serle útil hasta cuando fue necesario.

Jesús, el Buen Samaritano, es un hombre libre. Esa libertad la mostró en toda su vida y en las palabras de su Mensaje. San Pablo lo resume así: "Hermanos, ustedes han sido llamados a la libertad" (Gál. 5,13). "Para ser libres nos libertó Cristo" (Gál. 5.1).

Jesús vivió libre. No se afilia a ninguna asociación o partido. No se somete a una sinagoga, como era la práctica entre los judíos.

No depende de las cosas, de la fama o de los títulos. Porque no pidió nada no tuvo necesidad de los poderosos: mostró que no lo necesitaba. Está con el rico y con el pobre, recibe a hombres importantes y a leprosos. No tuvo compromisos. Fue libre de sus propios temores y miedos: "Padre si es posible quita de mí este cáliz, pero que no haga mi voluntad, sino la tuya". Jesús es libre de ataduras externas y tiene una gran libertad interior. Es desinteresado. Y gratuito. No busca compensaciones ni espera éxitos. Su libertad tiene un sólo fundamento: su profunda unidad y amor con el Padre.

Jesús es el liberador de su pueblo, y trabaja porque exista un pueblo libre. Pero no es un liberador político o un liberador social. Trae una liberación aún más radical. La libertad del corazón. Muestra un camino de confianza en el Padre, única Verdad. "Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres" (Jm. 8, 31-32).

Es la liberación de los falsos ídolos, de las falsas seguridades, de las ataduras humanas. Es el corazón libre para darse a los demás. Así se entiende la libertad de Jesús frente a su propia religión, frente a las costumbres de su pueblo, frente a los compromisos sociales. Por eso es libre ante el poder militar de los romanos, ante la ley de los judíos y ante la autoridad. No es un rebelde, es un hombre libre.

Esta es también nuestra misión: mantenernos fieles a su Palabra para conocer la Verdad y ser libres. La liberación de Jesús pasa por el corazón de cada hombre y lo hace libre. A medida que vamos abriendo el corazón a la Palabra y a la Vida de Jesús vamos también dando pasos de libertad. Estamos enfermos por el pecado original, por los pecados sociales y personales. La liberación de Jesús es el camino para encontrar la Verdad, base de la justicia en nuestras relaciones sociales, y lucha por mejorar la calidad de la vida, base para que cada hombre sea más humano. La liberación de Jesús, ante todo, dignifica al hombre, le hace más humano. Como el buen samaritano que hace posible que el herido vuelva a ponerse de pie.

Paulo VI ha dicho en su excelente documento sobre la evangelización: "La Iglesia considera ciertamente importante y urgente la edificación de estructuras más humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de las personas, menos opresivas y menos avasalladoras; pero es consciente de que aún las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos, si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay una conversión del corazón y de mente por parte de quienes viven esas estructuras o las rigen". (Evang. Nuntiandi N° 30).

La Iglesia "tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre

los cuales hay muchos hijos suyos, el deber de ayudar a que nazca esta *liberación*, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea *total*. Todo esto no es extraño a la evangelización (E.N. N° 30).

El buen samaritano, a imagen de Jesús, es un liberador que trae todo un mensaje de paz, de libertad y de justicia. Esa es la misión de la Iglesia, que debe entregar una perspectiva integral de liberación.

Si la Iglesia entrega sólo aspectos parciales o una liberación meramente piadosa o "espiritual" que no toca la vida humana, está siendo una Iglesia infiel a Jesús, su fundador.

En los rasgos del buen samaritano están contenidas las líneas fundamentales de la espiritualidad cristiana. Al meditar en su ejemplo los cristianos podremos encontrar nuestra identidad más profunda y así seremos capaces de dibujar el rostro cristiano de hoy y de siempre.

**ALGUNAS PREGUNTAS PARA
PROFUNDIZAR ESTE TEMA**

- 1. Piensa en alguna experiencia suya o que haya sabido de otra persona, en la que haya recibido un servicio desinteresado como el del Buen Samaritano.*
- 2. ¿Cuáles son los principales obstáculos para llegar a servir a los demás como lo hizo el buen samaritano?*
- 3. ¿Qué podemos hacer hoy por los heridos del camino que hay cerca de nosotros?*
- 4. ¿Cómo podemos ayudar a mejorar las obras asistenciales para que no sean paternalistas o simples parches que no solucionan los problemas de fondo?*
- 5. ¿Qué pasos debe dar Ud. para crecer en la libertad del corazón y así vivir mejor su fe?*

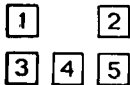
capítulo 2

el amor al enemigo



Apóstoles de la Paz

- 1 *Teresa de Calcuta*
- 2 *S.S Juan XXIII*
- 3 *Dom Helder Camara*
- 4 *Mahatma Gandhi*
- 5 *Roger Schutz*



Capítulo 2

El Amor al Enemigo

El samaritano del Evangelio atendió al hombre herido por los ladrones e hizo todo lo posible por ayudarlo a ponerse de pie. Es una acción que tiene una enorme fuerza porque fue un gesto de amor con un enemigo.

El Evangelio de San Juan recuerda que "los judíos no se tratan con los samaritanos" (Jn. 6.9). Era una enemistad profunda y eso explica que la mujer samaritana se asombra de que Jesús, un judío, le pida agua para beber.

Eran pueblos enemigos que pensaban de diferente manera, no se hablaban entre ellos, con un desprecio mutuo.

Jesús le dice al doctor de la ley. "Anda y haz tú lo mismo". Así se plantea todo el problema del amor al prójimo, de los grados en el amor y del perdón que lleva hasta amar al enemigo.

Problemas candentes hoy y siempre. De gran actualidad en un país dividido entre "amigos y enemigos"; entre los que piensan como nosotros y "los otros". Problema crucial en un país y en un continente que vive muchas tensiones y dificultades porque no hemos llegado a entender lo que significa Jesús y su Evangelio.

1. El amor que muestra Jesús.

"Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el final" y Jesús muestra toda una vida marcada por el amor.

Es un *amor liberador* que dignifica y hace crecer a las personas. Basta meditar en sus diálogos con Zaqueo, con Magdalena, con Pedro y con todos los que encuentra en su camino. Libera, levanta y purifica. Sana los cuerpos y las almas. Cree en las personas; sabe esperar. Hace crecer porque abre perspectivas nuevas.

Es un *amor universal* sin distinciones selectivas. Para El no hay separaciones, razas o colores. Quiere al joven, al anciano, al hombre y a la mujer, al judío y al gentil. Es un amor universal que atraviesa los tiempos y los continentes.

Es un *amor fraternal*, Jesús jamás ama con prepotencia, con afán dominador o posesivo. Muestra siempre un gran respeto en el amor. Es el hermano de todos y es realmente un hermano.

Es un *amor heroico* hasta la muerte en la Cruz, hasta la Eucaristía, su testamento de amor.

Hasta en su agonía encontró cómo ocuparse del ladrón crucificado. Hasta en la Pasión sabe tratar con cariño a Judas que lo ha traicionado. Muestra un amor heroico para sus enemigos.

“Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen”. Esa frase pronunciada en la cruz revela lo heroico de un amor que se olvida de sí mismo y lo da todo por sus semejantes.

Es un *amor de creatividad*. Es el amor que busca caminos nuevos, y que crea condiciones de diálogo y de amistad. Qué impresionante es ver la imaginación y la creatividad que va construyendo todo el amor.

Y así Jesús será siempre el rostro y el modelo perfecto del Amor.

El creyó en el Amor y ahí supo dar amor. Sembró Amor donde había odio y logró que brotara el amor.

Jesús nos ha querido no por nuestros méritos o por nuestra dignidad. El nos ha amado porque estábamos necesitados de amor para ser buenos y dignos.

2. Si así nos amó Dios...

Quién ha descubierto al Señor y ha conocido su amor llega a entender la fuerza del amor y seguramente podrá algún día llegar a vivir el precepto principal de los cristianos: “Os dejo un mandamiento nuevo que se amen COMO yo los he amado”.

El precepto es amar; pero no es un amor cualquiera. Se trata de amar como el Señor y

en esa palabra “COMO” está toda la modalidad o característica del amor cristiano.

Es diferente el amor de los ateos y de los humanistas, al amor de los cristianos que han entendido a Jesús y a su mandato de amor que significa caminar y vivir en ese amor.

“El amor procede de Dios *porque Dios es amor*”, también nosotros debemos amarnos unos a otros (I. Jn. 4.7).

El cristiano conoció y creyó en el Amor y se ha dejado invadir por ese amor. El cristiano sabe que el infierno fundamentalmente es un vacío o una ausencia total de amor.

Amar a Dios sin amar al hermano es una ilusión o una mentira.

Este será siempre el gran mandamiento y siempre el amor a Dios va proyectado y se prolonga en el amor al prójimo.

La parábola del buen samaritano es la aplicación concreta que hace Jesús del mandato del amor.

Es necesario revisar la calidad del amor y purificarlo del egoísmo, de la prepotencia y posesiones falsas.

Existe todo un progreso en el amor y es de vital importancia crecer hasta llegar a la madurez en la vida afectiva, en las relaciones humanas, en la convivencia con todos los semejantes.

El amor verdadero siempre espera algo de los otros. Amar significa empobrecerse en cierto

sentido y eso lleva a esperar. Quien no espera nada sólo está haciendo un regalo o dando una protección.

La plenitud del amor está en que habiendo esperado y no habiendo recibido, se continúa indefinidamente esperando y dando oportunidad para no defraudar.

Es continuar siempre creyendo y esperando.

El gran problema es aprender a amar y escoger entre el amor a Dios o el amor a sí mismo. El amor al prójimo es una expresión del amor de Dios.

El peligro está en que el prójimo sea uno mismo y que nuestras expresiones de caridad sean egoísmo disfrazado de amor. Fenómeno más corriente de lo que parece.

El crecimiento del amor viene por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones y por eso San Pablo rogaba con insistencia a los cristianos de su tiempo que "no apagarán o entristecieran al Espíritu".

"Si así nos amó Dios, amemos nosotros a los hermanos" y amar a Dios y al prójimo será siempre la mejor síntesis de vida cristiana.

3. El amor al enemigo.

"Ojo por ojo y diente por diente". En

cambio yo les digo: "No resistan a los malvados. Preséntale la mejilla izquierda al que te abofetea la derecha, y al que te arma pleito por la ropa, entrégale también el manto. Si alguien te obliga a llevarle la carga, llévasela el doble más lejos. Dale al que te pida algo y no le vuelvas la espalda al que te solicite algo prestado" (San Mateo 5: 38-42).

"Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo". Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores. Así serán hijos de su Padre que está en los cielos. El hace brillar el sol sobre malos y buenos, y caer la lluvia sobre justos y pecadores. Porque si aman a los que los aman, ¿qué recompensa merecen?, ¿No obran así también los pecadores? ¿Qué hay de notable si saludan a sus amigos?, ¿No lo hacen también los que no conocen a Dios? Por lo tanto, sean perfectos como es perfecto su Padre que está en el cielo (M. 5: 43-48).

Muchas normas y principios entregados por Jesús pertenecían a la moral del Antiguo Testamento y eran tradiciones judaicas; pero el perdón y aún el amor al enemigo es una línea totalmente creada por El y significa una revolución completa en la historia de la humanidad.

Es una línea no aceptada por muchos, los mahometanos entre nosotros, que no pueden concebir esta línea del perdón y del amor al adversario.

El buen samaritano presentado por Jesús

cumplió esta ley porque el mismo Señor la hace una de sus normas fundamentales. El dio el ejemplo y nosotros debemos seguirlo. No basta decir que se "perdona pero no se olvida" o que se "perdona pero no se saluda". Tampoco basta el perdón magnánimo que olvida y borra las ofensas recibidas. Es mucho más que una amnistía lo que pide el Evangelio. Es más que perdonar las ofensas para ser perdonados.

Se trata de amar a quienes nos hizo mal, es tratar de querer al que nos calumnió y trató de destruirnos.

Es amar al adversario político, es el cristiano que debe amar al ateo, es el católico que debe perdonar y amar al marxista, es el torturado que debe amar y perdonar a quien lo torturó. Es el amor que debe darse al traidor, al que fue desleal. Es amar como Jesús amó a Judas que lo había vendido por 30 monedas de plata. Es amar como Jesús a los soldados que lo insultaron, lo coronaron de espinas y le dieron muerte en la cruz.

En nuestro país ésta es la única solución cristiana que pueda romper odios, prejuicios, temores y desconfianzas. El país sigue dividido y no hay cambios profundos de mentalidades y la pasión política que nos llevó a un 11 de septiembre de 1973 sigue vibrando con gran intensidad.

O nuestro amor llega hasta esa verdadera locura de amar al enemigo o seguiremos

engañados en una falsa tranquilidad.

Cuando se escucha que "no hay mejor marxista que el marxista muerto" y cuando se vive atacando a los obispos, a los sacerdotes, porque ellos han creído su deber sacerdotal apoyar a los vencidos, es fácil pensar que el precepto del amor no está en vigencia para muchas personas.

El Evangelio es una radicalidad de vida. O se toma en serio o no es ninguna respuesta real.

El laicado cristiano y los sacerdotes debemos revisar posiciones y mirar nuestra realidad familiar y social con los ojos y los criterios de Cristo. Si no lo hacemos, estamos faltando a la verdad y pecando contra el Espíritu Santo.

El amor al enemigo tiene dimensiones heroicas; pero eso es amar *como* el Señor. Significará perdonar a quién calumnió, a quién engañó, a quién robó. Perdonar significa amar y el amor de Jesús siempre será nuestra norma. Todos podemos entender que Dios nos perdona y que nos quiere; pero en el Padre Nuestro se pide ser perdonado "así como nosotros perdonamos a quienes nos ofendieron".

El amor al enemigo será siempre la etapa final en el crecimiento del amor. Es una expresión de amor maduro que ha llegado a su perfección. Es un proceso largo y doloroso. Habrá que rehacer el camino muchas veces. Se requiere pasar por el perdón, por la compren-

sión. Será necesario borrar resentimientos y susceptibilidades y sólo así, al final, será posible entender y vivir este amor.

El amor al enemigo siempre será la más difícil expresión del amor; pero el mandato de Jesús también contempla con igual intensidad el amor a los amigos, a aquellos con quienes existe amistad, diálogo y afinidades comunes.

Jesús amó a todos, amigos y enemigos, porque su amor es universal.

Esa es la ley de Cristo y esa es la lección del buen samaritano.

ALGUNAS PREGUNTAS PARA PROFUN- DIZAR ESTE TEMA.

- 1. ¿Ha tenido Ud. o ha sabido de alguien que haya vivido una experiencia de reconciliación sincera y profunda?*
- 2. ¿Cree Ud. que hoy día se han superado los odios entre nosotros?*
- 3. ¿Será posible llegar al amor hasta el enemigo o será sólo una ilusión?*
- 4. ¿Qué dificultades encuentra Ud. para llegar a amar a quien le ofende, o es su adversario?*
- 5. ¿Cuáles pasos cree Ud. que hay que dar para demostrar nuestro amor al enemigo?*

capítulo 3

**la pobreza es
condición para el amor**



Capítulo 3

La pobreza es condición para el amor.

El Buen Samaritano, imagen viva de Jesús, llegó al amor verdadero que se traduce en su acción de apoyo a un enemigo herido en el camino.

El Buen Samaritano es un hombre con un corazón de pobre. Sólo explica que haya cambiado su itinerario, que se haya desprendido de su dinero, de su tiempo. Sólo un corazón de pobre puede arriesgar su integridad física para atender a un hombre golpeado por ladrones que pueden estar emboscados en la cercanía. Quién está aferrado a su seguridad, a su tiempo, a su comodidad, no podrá llegar jamás al amor de verdad. Sin pobreza en el corazón no se llega jamás a la libertad en el Amor.

1. Jesús, Pobre, Humilde y Libre de Corazón.

Nació en un pesebre, más pobre que la gran mayoría de los niños. Vivió entre pobres, en un pueblo oprimido por los romanos. Sus mejores colaboradores, apóstoles y discípulos, pertenecen en su gran mayoría a los ambientes populares.

Muere despreciado y humillado en una cruz y acompañado de dos ladrones.

Jesús solamente utiliza lo que se ha denominado "los medios pobres" como son el amor, el perdón y la amistad. Salva al mundo por la cruz y no utiliza la fuerza o el poder.

El no tiene doctrina propia y se autodefine como "El Enviado del Padre", o sea, es aquel que vive realizando una tarea recibida de Otro porque vive en misión y no tiene nada propio que defender.

Jesús afirma que "son felices los pobres porque de ellos es el Reino de los Cielos" y pide a quien quiere seguirlo "que se niegue a sí mismo, que venda lo que tiene y que lo entregue a los pobres". Llega hasta asegurar "que es más fácil que entre un camello por el ojo de la aguja (pequeña puerta de Jerusalén) a que entre un rico en el cielo".

El Evangelio nos dice que "es imposible servir a dos señores y por eso no se puede servir a Dios y al dinero".

Jesús pudo vivir y enseñar esta pobreza porque era totalmente libre. Pertenece a lo más profundo de su personalidad el vivir en libertad.

El posee la libertad de quien no tiene amarras de ninguna especie. No está apegado a la vida o a las cosas. Tiene amigos, tiene ideas y planes; pero mantiene un corazón interiormente libre, sin prejuicios y sin temores. Es

Solidaridad es una palabra que significa compartir, participar y arriesgarse juntos

tan libre que no necesita ser propietario de nada y no requiere afiliarse o crear ningún partido político.

Sólo busca seguir la voluntad del Padre y a esa Voluntad obedece con una fidelidad conmovedora.

Por todo eso es un peregrino que va entregando amor y salvación sin crear dependencias o ligaduras innecesarias.

Jesús es Pobre, Humilde y Libre. Por eso es capaz de amar con tanta intensidad. Esta es la clave para entender la pobreza de Jesús.

2. La Pobreza según el Evangelio.

Cuando Jesús habla de la felicidad de la pobreza del corazón, no está pensando en la miseria de quien nada posee y sobrevive sin esperanzas. Tampoco Jesús entiende la pobreza como un sinónimo de no tener. Es evidente que es mejor tener bienes que estar privado de ellos.

LA VERDADERA POBREZA CONSISTE EN TENER EL CORAZÓN DESPRENDIDO DE LAS COSAS, DE LAS PERSONAS Y DE UNO MISMO PARA LLEGAR AL AMOR.

La verdadera pobreza es aquella que permite llegar a esa condición que hace exclamar a San Juan de la Cruz: "La tierra es mía, los hombres son míos, todo es mío, y hasta Dios es mío".

Podía pensar así ya que "todo lo había perdido por amor". El amor lleva siempre a la pobreza aunque no siempre la pobreza lleva al amor.

Es demasiado profunda la relación entre pobreza y amor. Sin pobreza, sin desprendimiento de uno mismo, no se llega al amor.

Aquel que es posesivo no está en el amor, y su afán de dominación es sólo una autoafirmación egoísta que busca seguridad. Y eso no merece llamarse amor.

Es posible encontrar tres grados en el amor que corresponden a tres grados en la pobreza o desprendimiento interior.

Algunas personas dan alimentos, ropa vieja, cosas muy diversas entre las cuales está incluido el dinero. Para dar esas cosas y ese dinero se requiere un grado de desprendimiento y de amor. Es el grado más humilde del amor.

El segundo grado de pobreza consiste en desprenderse del tiempo: está en el servicio abnegado de cuidar a un enfermo, en el tiempo que el profesor dedica a sus alumnos, en la dueña de casa que cocina para su familia. Es gastarse al servicio de los otros. Esta pobreza corresponde a un segundo grado en el amor.

Pero qué verdadero es el pensamiento del Padre Alberto Hurtado al referirse al tercer grado de amor: "Muchos pierden años y años

en trampearle a Dios. Los directores espirituales no insisten bastante en el don completo. El corazón suele quedarse en el comercio mediocre con Dios. Piden y ofrecen, prácticas religiosas, fórmulas. Esto no basta para vaciar el alma de sí mismo, eso no la llena, no le da sus dimensiones, no la inunda de Dios. No hay más que el amor total que dilata al alma a su propia medida. Es por el don de sí mismo por donde hay que *comenzar, continuar y terminar*.

Habrá que realizarlo de una vez y rehacerlo hasta que sea como connatural. Entonces el corazón podrá darse en gran paz, se dará a propósito de todo, sin reflexionar, como un girasol se vuelve hacia la luz del sol.

Darse es cumplir justicia. Darse es ofrecerse a sí mismo y todo lo que se tiene. Darse es orientar todas las capacidades de acción hacia el Señor. Darse es amar para siempre y de manera tan completa como se es capaz. Cuando se ha dado todo parece simple. Se ha encontrado la libertad y se experimenta la verdad de San Agustín "ama y haz lo que quieras".

Este es el tercer grado de amor que se llama "*El don de sí mismo*" y responde a la pobreza más profunda y verdadera.

El don de sí mismo es universal, humilde y sin prejuicios. Es el nudo vital para esa realidad tan hermosa que se llama AMISTAD a la cual

sólo se llega cuando se es capaz de darse en esta forma.

El don de sí mismo lleva a esa otra realidad que se llama APOSTOLADO.

¡Qué pocos apóstoles, formadores de personas, qué pocos verdaderos directores del espíritu! La raíz de esta ausencia está en que muchos que no llegan al don de sus vidas y se quedan en etapas anteriores.

El don de sí mismo rompe los prejuicios sociales, culturales. Quiebra los prejuicios de clases y mata la ironía que es una realidad profundamente anti-cristiana.

Hace bien meditar en los santos. En Francisco de Asís que más que un pobre fué un hombre enamorado de Dios. Ese hombre que se daba el mismo al cuidar al enfermo, al escuchar a un amigo, al servir a un desconocido.

Es verdad que San Francisco se gastó; como dice hermosamente Gabriela Mistral, "como la luna en su cuarto menguante" y "era ya como una bruma de la carne que hablaba y que ya apenas tenía garganta. Sus manos se adelgazaron hasta ser transparentes como las hojas de otoño... su milagro tenía más realidad que su pobre cuerpo... descubrió una verdad escondida: no tenemos derecho a dar sino a nosotros mismos porque todo lo demás pertenece a la tierra".

Más allá de los santos está siempre la persona de Jesús Pobre, Humilde y Libre por Amor.

“Habiendo amado a los suyos los amó hasta el final” y su presencia real en la Eucaristía es su testamento mayor de pobreza en el amor.

Jesús, Hombre y Dios verdadero, se encarnó y se hizo uno de nosotros en el don perfecto de sí mismo. Se deja postergar por Barrabás, se deja crucificar y está reducido en los altares a un pedazo de pan. Todo por haber vivido la pobreza total en un amor total.

El no tiene prejuicios y no necesita afirmarse en la posesión de las personas o de las cosas. No busca seguridades o dominaciones. No busca poder o influencias.

Es plenamente libre y es totalmente pobre. Por esa razón será siempre el gran modelo de pobreza que lleva al amor.

3. Tres expresiones de pobreza en el amor.

a) La humildad de aceptar ser hijos de Dios.

La humildad es la pobreza frente a Dios. En el capítulo 18 de San Lucas el Señor narró la historia de dos hombres, uno fariseo y el otro publicano, que fueron al templo para rezar. Allí están retratadas dos posiciones del hombre frente a Dios.

El fariseo era un “especialista” de Dios y sabía como tratarlo. El estaba seguro y se entendía con Dios de igual a igual.

Al revés, el publicano sólo dijo: “Señor ten compasión de mí”. Se sabía pecador; no juzgaba a los otros y era humilde de corazón.

El fariseo creía haber conquistado a Dios y se creía dueño de las cosas de Dios. No apreciaba lo diferente que es conquistar a Dios a ser conquistado por El.

El fariseísmo de ese hombre y de todos los tiempos está en el orgullo de sentirse bueno, de saberse “justo” y así despreciar a los demás. Es la falta fundamental de la pobreza del corazón.

El publicano era pobre y humilde de corazón. Era un buscador de Dios como San Pablo, como los reyes magos, la samaritana y tantos otros que nos muestra la Biblia. No ambicionaba poseer a Dios; pero sí quería ser poseído por El.

Este texto del Evangelio presenta cómo vivir buscando humildemente el rostro de Dios. No podemos olvidar que cuando se pierde el asombro o la preocupación por las cosas de Dios se ha perdido la vitalidad interior.

El orgullo es contrapuesto a la pobreza y no deja entrar al amor.

“Podemos conquistar los árboles, los ríos y las piedras; podemos talar la selva, encauzar un río y pulverizar una piedra; pero jamás podremos conquistar a Dios”. Es Dios quien conquista y posee al hombre.

El fariseo no puede entender a Dios y por eso

no llega a una relación profunda de ser hijo de Dios.

Cuando se vive aferrado al amor propio, a la vanidad, al deseo de ser "importante" no es posible entender la paternidad de Dios. No se trata de no tener ideas, deseos o proyectos; pero sí se trata de estar abierto a las ideas y los proyectos de Dios.

La humildad está en la verdad y está en aceptar lo que el escritor llamaba "la pobre condición humana" y está en reconocer que nuestro mayor pecado es evadirnos de esa condición. El orgullo fundamental consiste en el fariseísmo que pretende dominar a Dios y huir de la realidad de la criatura.

Qué necesario es aceptar la condición humana compuesta de gracia y de pecado, con tensiones y angustias. Y esa aceptación profunda de nuestro frágil ser nos llevará a entrar en las manos de Dios con alegría, con paz y con humildad.

Se trata de abrirse al amor de Dios, de entregarse al Padre de quienes somos sus hijos. No se trata de cambiar de personalidades sino más bien de aceptarse como uno es y así, con sencillez, colocarse en las manos de Dios.

Es un paso fundamental en el cual dejamos de navegar solos y aceptamos que Dios nos quiere porque es Nuestro Padre. Es el paso de la humildad y de la pobreza que se produce cuando aceptamos ser "De" Dios y no autoabastecidos o suficientes. Es el paso en el

cual Dios entra en nuestra vida y le da una visión unificada a toda nuestra existencia.

Colocarse en sus manos significa entrar en la dependencia de Dios en una aceptación vital de Dios en la cual se deja de ser autosuficiente.

Muchas veces los cristianos piensan en la pobreza; pero si olvidan esta primera pobreza, la más radical y absoluta, estarán construyendo un edificio sin primer piso.

El camino del abandono es el único camino que lleva a la unificación interior, a la simplicidad, a la sencillez del corazón. Es el itinerario único para solucionar nuestra realidad humana en su raíz más profunda.

Mientras se vive defendiendo parcelas de nuestra vida no se entra en lo medular del Evangelio. Cuando se es autosuficiente o construido sobre sí mismo, nunca será posible llegar a un cristianismo verdadero.

Los orgullosos, los autoconstruidos, no entenderán jamás el Reino de Dios, porque no pueden penetrar en esta dependencia filial de Dios.

Los Santos, la Virgen María, fueron pobres de verdad porque llegaron a la humildad del corazón en donde está la verdadera pobreza.

Juan XXIII fue un milagro de Dios dócil al Espíritu Santo porque se colocó en las manos de Dios en forma incondicional.

El Padre de Foucauld nos ha dejado su oración del abandono que es la excelente prolongación del Padre Nuestro.

Dice así:

*Padre mío,
me abandono en ti.
Haz de mí lo que quieras.
Por todo lo que hagas de mí
te doy gracias.*

*Estoy dispuesto a todo, todo lo acepto,
con tal que tu voluntad se haga en mí,
y en todas las criaturas;
no deseo nada más, Dios mío.*

*Pongo mi alma entre tus manos,
te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón
porque te amo,
y es para mí una necesidad de amor
el darme,
el entregarme en tus manos sin medida,
con infinita confianza.
Porque tú eres mi Padre.*

Eso es abandono en las manos de Dios y es haber vislumbrado la pobreza más profunda.

b) La solidaridad con los pobres.

El pobre verdadero es aquel que humildemente trata de agradar a Dios y de servir a sus hermanos. Sabe que la verdadera pobreza no es la que se escoge sino la que se acepta. Vive esa palabra que se llama SOLIDARIDAD.

El buen samaritano compartió con el herido del camino lo que tenía: cabalgadura y dinero. Fueron compañeros de destino porque afrontaron juntos los riesgos de ese viaje aventurero.

Hoy día podemos constatar el hambre de tantos que duermen con sus estómagos hambrientos. Podemos apreciar las condiciones infrahumanas en que viven tantos hijos de Dios. Podemos percibir los salarios que no alcanzan para vivir y tantas situaciones de pobreza y de miseria que todos conocemos.

Vivir el Evangelio significa no pasar de largo y entrar en el problema de los desposeídos de la tierra.

No podemos cerrar los ojos e ignorar la tragedia de los que no tienen trabajo y deben alimentar familias numerosas. No podemos desconocer el drama del enfermo que no posee medios para cuidar su salud o del jefe de familia que no alcanza a educar a sus hijos.

No bastan las palabras, Jesús pide mucho más. El exige una solidaridad traducida en preocupación concreta por la pobreza que aflige a tantos hermanos nuestros.

La pobreza, según el Evangelio, será para seguir a Jesús, pobre y humilde. También puede ser entendida como una expresión de solidaridad con los pobres en quienes está reflejada en el rostro de una manera especial.

Solidaridad es una palabra que significa *compartir, participar, arriesgarse juntos*. Solamente existe un criterio válido: Que Jesús no se avergüence de nosotros y que no nos desconozca en el juicio final al separar a los hombres por el amor o por el desamor que tuvieron por los pobres: los encarcelados, los enfermos, los hambrientos.

Solidaridad significa ponerse en el lugar del pobre, estar junto a él, compartir con él. No basta con el paternalismo que no se compromete. Es necesario tomar el lugar del pobre y asumir su situación.

Debemos revisar nuestras acciones de solidaridad y ver si en ellas estamos realmente compartiendo con los más frágiles para ayudarles a ponerse de pie.

c) La pobreza material.

No basta la pobreza de espíritu o el desapego interior. Eso es necesario; pero deberá traducirse en un lenguaje, y sobre todo en actitudes, que sean signos eficaces para todos los hombres de nuestra generación.

De otra manera se dará plena razón al juicio de Gandhi sobre los cristianos: "Hoy Europa no es cristiana, sino sólo de nombre porque en realidad adora el dinero. El cristianismo occidental es la negación del cristianismo de Jesús. No puedo creer que, si Jesús apareciera hoy entre nosotros, reconocería las actuales

iglesias, el culto divino y a los sacerdotes y religiosos cristianos".

El P. Vaoillaune dice al respecto: "Sólo puedo recordar un hecho: ¿Cómo es posible que hombres y mujeres consagrados a Dios en la pobreza y que han renunciado a todo por seguir a Cristo, vivan de tal manera, que su ideal de vida no pueda ser comprendido por los hombres de su época? Un abismo separa las concepciones económicas en las cuales está basada la pobreza de los monasterios y las concepciones que engendran la pobreza del proletariado. Nosotros decimos de los religiosos "pero si son pobres". Sin duda que ante los ojos de Dios y de la Iglesia son realmente pobres. Pero, tal vez, no cumplen en su totalidad lo que debe ser su misión de Iglesia, si no viven los valores evangélicos de tal manera que puedan ser comprendidos por los hombres, sobre todo en una época en que el signo tiene más importancia que nunca. Terrible problema planteado a la Iglesia y ¿cómo no es triste constatar el número pequeño de los que lo sienten con angustia? "

Estas afirmaciones tienen vigencia para todos los cristianos porque los valores evangélicos, entre los cuales está la pobreza, son una exigencia para todos los que siguen a Jesús y a su Evangelio.

Hay vocaciones personales y situaciones muy diferentes; pero la solidaridad con los pobres

de la tierra debe ser una llamada angustiosa a todas las conciencias.

Es legítimo tener bienes siempre que tengan alguna razón de ser y que se les pueda dar vida. Tener bienes muertos, inanimados, no tiene justificación posible.

Tener por afán de seguridad, por ambición, es un pecado contra Dios.

¿Cuál es el grado de pobreza material que Dios acepta y cuál es el estilo de vida compatible con el Evangelio?

¿Cómo vivir de manera que Jesús no se avergüence de nosotros o cómo no "jugar a ser pobres"?

No hay recetas claras. Depende de la pobreza de los otros, de las necesidades sociales. Es evidente que el lujo y el derroche constituyen un pecado. Siempre será necesaria esa virtud o cualidad que se llama *austeridad de vida*.

El uso de cosas innecesarias, el exceso de gastos en pasarlo bien, suelen ser pecados que atentan contra Dios y que hieren el corazón de los pobres. La sensibilidad social no puede estar ausente de un corazón cristiano. Una economía sin esa sensibilidad y ese amor a los pobres, es una economía sin Cristo y no es cristiana.

Habrá que abrir el corazón y "buscar el Reino de Dios y su justicia por sobre todo": lo demás "viene por añadidura". Siempre habrá que pedir la gracia de vivir evangélicamente la vida.

**ALGUNAS PREGUNTAS PARA PROFUN-
DIZAR ESTE TEMA**

1. *¿Cuáles son las cosas que más le atan y le impiden llegar al amor verdadero?*
2. *¿Cuál es el límite del desprendimiento para el amor?*
3. *¿En sus relaciones humanas ha llegado a una amistad desinteresada, pobre y gratuita?*
4. *¿Sus acciones de solidaridad son paternalistas o ayuda a que el otro se ponga de pie?*
5. *¿Qué cosas son superfluas en su vida?*

capítulo 4

la obediencia en el amor

4



*Es dócil a la verdad
aquel que observa al mundo
que lo rodea, acepta
a los otros sin compararse
y sin envidiar lo
que otros poseen;
pero luchan para
transformar la realidad
cuando ella no se
construye sobre la verdad.*

Capítulo 4

LA OBEDIENCIA EN EL AMOR

La obediencia es consecuencia de amor o no tiene ningún sentido. En el buen samaritano es fácil encontrar a un hombre que hace la voluntad de Dios con un corazón de pobre y con una docilidad extraordinaria al Espíritu.

1. Tres Obedientes

El primer gran obediente que aparece en la Biblia es Abraham, "el amigo de Dios", encarnación extraordinaria de la docilidad total a Dios. Se le pide "dejar la casa y emigrar" y Abraham lo deja todo por amor.

Se le promete "una descendencia mayor que las estrellas del cielo y que las arenas del mar y él "creyó al Señor". Es un peregrino que obedece, cree y espera. Dios va cambiando su vida, no tiene residencia permanente y sólo vive en la esperanza.

En su ancianidad nace su hijo Isaac y cuando el joven ha crecido se le pide sacrificarlo y el capítulo 22 del Génesis muestra la heroica docilidad a Dios de un hombre que busca hacer la Voluntad divina por sobre todo. Es probado hasta el heroísmo siendo finalmente premiado por su docilidad. Abraham será

siempre el modelo de un pobre de corazón que hace todo por agradar a Dios.

En la *Virgen María*, en la "esclava del Señor", se encuentra un segundo modelo de docilidad heroica a Dios. Su vida es fundamentalmente transformada y todo el pasaje de la Anunciación nos muestra a María aceptando heroicamente la voluntad de Dios.

Cuando ella exclama "Que se haga en mí según tu palabra" nos muestra una actitud de pobreza y disponibilidad total. Todo es fruto de su obediencia a Dios.

Jesús "el obediente hasta la muerte en la cruz" es el tercer modelo cuya vida aparece marcada por la docilidad: "Al entrar al mundo dice: He aquí que vengo a hacer tu voluntad" (Heb. 10 s.) y su alimento es hacer la voluntad del Padre" (Jn. 4.34).

En el huerto de los Olivos, al iniciarse el drama de la pasión, al sudar sangre por el miedo y la angustia exclama: "Padre, si es posible aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad sino la tuya" (Lc. 22.42). Su amor al Padre se traduce en esa docilidad que lo lleva hasta morir en la cruz.

La Iglesia nació del costado de Jesús traspasado por la lanza del soldado. Los cristianos somos hijos de la Iglesia por la acción de Jesús, de María, de Abraham.

Los tres grandes obedientes de la historia han marcado la vida de los cristianos y la vida de la Iglesia. Estamos constituidos en la docilidad al querer de Dios.

2. Fundamentos de la docilidad

¿Por qué Abraham estaba dispuesto a sacrificar a su único hijo en un sacrificio que nos parece absurdo? ¿Qué movía a la Virgen María a cambiar todos sus planes y aceptar la invitación del ángel Gabriel? ¿Cómo se entiende la muerte en la Cruz de Jesús, el Dios y Hombre verdadero?

Existe una sólo respuesta: Dios es Dios, el Absoluto y su Voluntad tiene derecho a imponerse. La única voluntad que puede exigir ser obedecida es la voluntad divina.

Dios es Dios y eso basta. No es una invención o creación humana. Dios es el único Absoluto.

Para aceptar que su Voluntad debe ser obedecida es necesario entender que El es Dios, con mayúscula, Señor de la vida y de la creación. Es aceptar su palabra a Moisés, en la zarza ardiendo: "Yo soy el que soy".

Ahora bien, lo que importa es entender la obediencia a Dios como expresión de amor porque sin esa perspectiva todo sería aplastante y temible.

Aquel que ama a Dios no tendrá problemas porque el amor verdadero busca hacer la

voluntad de aquel a quien quiere. Transformará la obediencia en un acto voluntario que hará todas las cosas con paz y alegría.

Sólo por amor a Dios se puede entender la actitud de Abraham y María. Es el amor lo que le da sentido a esa verdadera obsesión de Jesús por hacer la voluntad del Padre. Sólo por amor se entiende el calvario, el sacrificio de Abraham y la aceptación de María.

La cruz por la cruz, o el sacrificio por el sacrificio, no tiene sentido; en cambio la cruz, los sacrificios por amor, tienen fuerza verdadera y son capaces de salvar al mundo.

La obediencia es acción de personas libres y los esclavos no pueden obedecer porque carecen de libertad.

Obedecer por temor, o a la fuerza, carece de valor. Al revés, obedecer libremente y por amor tiene un valor extraordinario; pero siempre será difícil obedecer porque la obediencia afecta a la libertad, lo más valioso que posee el hombre.

El hombre no obedece a los hombres sino en cuanto representan la autoridad de Dios y así los apóstoles afirman que "Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5.10).

La obediencia vale en cuanto es expresión de personas maduras, adultas y responsables. El

adolescente no entiende de docilidad porque no es persona madura. Los niños no entienden de docilidad y así Jesús no aparece obediente en Belén en su infancia; pero aparece obedeciendo al Padre en Getsemaní, en plena madurez y libertad.

La docilidad es expresión profunda de pobreza. Significa colocarse en las manos de Dios desprendiéndose voluntariamente, y por amor, de la libertad. Es despojarse de sí mismo en una pobreza heroica y difícil. Es un acto radical de amor que llega hasta la donación de lo más humano que posee el hombre: la libertad.

Por todo esto sólo los pobres de espíritu, los desprendidos de todo, pueden llegar a vivir y a entender la obediencia del corazón. Tener un corazón obediente es tener un "corazón de discípulo" lo cual significa la madurez en la vida cristiana.

3. Las grandes expresiones de obediencia.

a) Obedecer a la Verdad.

Es dócil a la verdad aquel que puede aceptarse a sí mismo en su realidad concreta y determinante. Es aquel que se acepta tal cual es y no se evade en los sueños, en las ilusiones falsas, en los espejismos.

Es dócil a la verdad aquel que observa al

mundo que lo rodea, acepta a los otros sin compararse y sin envidiar lo que otros poseen; pero lucha para transformar la realidad cuando ella no se construye sobre la verdad.

Es la persona que no se disfraza con ideas ajenas o con personalidades falsas y sabe ser fiel a la vida, a su verdad y a su historia personal. Es aquél que no ha falsificado su vida con apariencias, con arribismos, con deseos de figurar. No se ha identificado falsamente con otros y sólo vive su propia identidad.

Es aquel que sabe afrontar sus conflictos en forma realista y sincera. Echarle tierra a los problemas es señal que arrancamos a la verdad.

"La verdad hace libres", recuerda Jesús y sólo aquel que es verdadero tendrá la verdadera libertad.

Tal vez aquí está la llave de tantas vidas frustradas, de tantas amargas y tristezas. Al huir de la verdad no se hace la voluntad de Dios y las consecuencias, se traducen en escapismos, doble vida, ambigüedad.

Ser fieles a la verdad, por dolorosa, que sea, será siempre el paso para hacer lo que Dios quiere.

A veces resulta fácil hacer caricaturas de las otras personas o clasificarlas de una manera

determinada. A veces nosotros mismos nos hacemos una caricatura de lo que somos.

Las diferencias políticas, los distintos enfoques sobre el desarrollo, sobre la sociedad y la economía, producen distancias, clasificaciones y rupturas. Es urgente la búsqueda de nuestra propia identidad, más allá de las caricaturas, de las clasificaciones, de las tendencias. Siempre habrá diferencias, matices, acentos. Pero también siempre habrá una verdad en el interior de cada hombre que es necesario encontrar. Se requiere una gran obediencia y docilidad a la verdad que hay en cada persona. Es una de las condiciones para encontrar caminos de paz y de convivencia.

b) Obedecer a la Historia.

La docilidad a la historia, a los acontecimientos, significa entender y descifrar la voluntad de Dios en los signos de los tiempos, en las corrientes del pensamiento, en las nuevas generaciones.

Al no aceptar que la Historia es hija de Dios se vive en el pasado o en un futuro imaginario; pero no se vive en lo que Dios quiere.

Existe el mal y Satanás puede confundirnos; pero no se puede olvidar jamás que Dios es mucho más poderoso que los espíritus del mal.

La abertura y docilidad a la historia crea un

corazón optimista y es todo lo contrario al espíritu "de los profetas de calamidades" a quienes rechazaba el Papa Juan XXIII. La obediencia a la historia como expresión de la voluntad de Dios, dará una mirada serena y positiva de la vida. Eso es posible al aceptar que el Espíritu Santo dirige la vida de los hombres y El sabe lo mejor para la humanidad.

Leer la historia y la vida con ojos de fe, con un corazón de discípulo, muestra un mundo en construcción con rasgos más positivos que negativos. Lo contrario es pecar contra el Espíritu Santo.

Es hermoso el pensamiento del Cardenal Newman antes de morir: "Nunca he pecado contra la luz". Fue un hombre obediente a Dios porque supo leer la historia con los ojos de la fe. Hizo tanto bien en su tiempo porque supo escuchar la voz de Dios en la vida.

¿Qué es obedecer hoy a la historia?

Nuestra historia actual está llena de conflictos, de luchas, de búsquedas. Algunas visibles y otras subterráneas. Sin embargo, en los actuales acontecimientos hay verdades y hechos que no podemos callar o ignorar. Ser obedientes a la historia es salir a buscar la verdad de los acontecimientos, es la actitud permanente de docilidad frente a los hechos, como ellos son. Hoy día es fácil pecar contra la luz. Muchas veces nos quedamos con las primeras

versiones que recibimos y lo que creemos que es luz no es más que un telón que cubre la verdad. Parece que hoy, más que antes, se hace necesario buscar la verdad de la historia, salir a buscarla.

c) Obedecer a la Iglesia.

Jesús dejó a la Iglesia para prolongar su obra de amor y en Ella los cristianos encontramos una expresión concreta de la voluntad de Dios.

La Iglesia es guiada por el Espíritu Santo que estará con Ella "hasta el final de los tiempos". El Espíritu guía a la Iglesia a través del Santo Padre, de los Obispos y del Pueblo de Dios. Es la jerarquía y es la comunidad de los cristianos quienes van guiando la marcha y la vida de la Iglesia.

Será siempre necesaria una obediencia de personas adultas, maduras, libres y responsables. Los que gobiernan deben hacerlo sin prepotencia y sin agresividad. La autoridad está constituida para que reine el amor y toda autoridad bien llevada es sólo una colaboración al Espíritu Santo. Los que gobiernan deben tener madurez evangélica y un corazón de pobre. Deben tener humildad para escuchar y no mandar por mandar. Si pueden hacerlo, que den explicación de sus órdenes.

Jamás deberán jugar con el poder o con las personas. No podrán olvidar que la palabra

"autoridad" significa "hacer crecer".

Los que obedecen no deberán buscar solucionar en la obediencia sus cobardías e indecisiones. Obedecer no significa descansar en la autoridad.

Es un problema de confianza mutua y es un problema de fe que requiere mucha pobreza de espíritu.

¿Qué hacer con las crisis? ¿Qué hacer cuando se está en desacuerdo con la orientación del Obispo? ¿Qué pasa cuando se encuentra a la autoridad "politizada" o desencarnada de la vida?

Los santos enseñan qué hacer. Cuando no estuvieron de acuerdo dijeron lo que pensaban a quien correspondía, y guardaron silencio. Sufrieron en el silencio, fueron incomprendidos tal vez pero jamás rompieron la unidad y la comunión. Entendieron que la obediencia empieza a tener un gran valor cuando duele, y es difícil. Entonces empieza la verdadera obediencia.

Es hermoso el testimonio de Monseñor Ancel, Superior de los sacerdotes del Prado, cuando la Iglesia, en 1959, prohíbe los sacerdotes obreiros y se genera una crisis interior de obediencia.

Algunos trozos de su testimonio:

"El Señor quiere que obedezcamos en la fe, en la sumisión, en el amor y en la alegría.

Obedecer en la fe es obedecer a Cristo y es necesario en la fe adherir a la voluntad de Cristo que se transmite por los superiores. Esta obediencia es en la fe y no es necesario ver claro para obedecer...

Obedecer en la sumisión es obedecer humildemente. Aún cuando se tiene humanamente la evidencia es posible equivocarse. Somos instrumentos de Cristo para hacer su obra en la Iglesia. No tenemos que hacer nuestra obra sino la obra de Dios. Sólo la Iglesia puede confiarnos alguna misión. Fuera de la sumisión a la Iglesia no hay ningún apostolado auténtico.

Obedecer en el amor es configurarse con Cristo que por el amor al Padre y a nosotros se hizo obediente hasta la muerte en la Cruz... Debemos tratar de tener los sentimientos de Cristo en nuestros corazones... La obediencia conformada por el amor adquiere una fuerza redentora.

Obedecer en la alegría es paradójal cuando se piensa que nuestros esfuerzos apostólicos van a ser comprometidos.

Si se tratara solamente de nosotros no habría problemas. Pero nosotros pensamos en los que a causa de esta decisión van a sufrir en su fe todavía muy débil para resistir a una tempestad pensamos en aquellos que habríamos podido evangelizar y que ya no podremos alcanzar; pensamos en las consecuencias que

nos parecen desastrosas y sentimos la tristeza que nos invade con toda clase de tentaciones: la cólera, la rebeldía, el desaliento, el dejar pasar".

San Pablo ha conocido el disgusto que invadía su alma; él dijo un día que deseaba no seguir viviendo pero al mismo tiempo decía: "Sobreabundo de gozo en medio de todas mis tribulaciones".

"Bajo una u otra forma Uds. conocerán la prueba que algunos de nosotros conocemos hoy día. Ahora necesito vuestra oración para que mi obediencia sea tal como el Señor me la pide. Mañana Uds. tendrán necesidad de mis oraciones. Ayudémonos mutuamente".

d) La obediencia a las autoridades de la tierra.

Antes de ser rebelde, Jesús fue obediente. "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Dios es el único absoluto y no se puede absolutizar al César.

La libertad de Jesús le permite vivir obediente a las normas y a las autoridades de su época. No fue acusado de rebelde, sino de sedicioso. "Uds. me presentaron a este hombre acusándolo de agitador. Lo interrogué personalmente delante de ustedes, pero no lo hallé culpable de ninguno de los crímenes de que lo acusan", dijo Pilato en el juicio a Jesús.

Jesús se muestra obediente a la autoridad,

pero también la sobrepasa porque El obedece a una Voluntad superior. Cuando Pilato le preguntó si era Rey, Jesús contestó: "Tú lo dices. Yo soy Rey. Para esto nací, para esto vine al mundo, para ser testigo de la verdad. Todo hombre que está de parte de la verdad, escucha mi voz" (Jn. 18,27). Más allá de la autoridad está la Verdad.

Jesús nos enseña la obediencia a las autoridades de la tierra. Sin embargo, la autoridad es ante todo un servicio a la verdad. Muchas veces hemos sido testigo de las crisis de las autoridades en el mundo, producidas por sus faltas a la verdad. El servicio a la verdad hace que la autoridad sea confiable y fortalezca su propia autoridad.

Los cristianos debemos ser obedientes a las autoridades de la tierra. Pero ante todo tenemos una fidelidad que no podemos transar, negociar o condicionar: la fidelidad al Señor de la Vida.

Cuando la autoridad no es verdadera, cuando pierde su confiabilidad, cuando impone más que sirve, cuando domina más que gobierna, los cristianos tenemos una verdad que mostrar y decir.

La obediencia a la autoridad es la obediencia a la Voluntad de Dios, cuando ella expresa esa Voluntad. Los cristianos no podemos ser anarquistas, permanentes críticos y sediciosos

desleales. Nuestra verdad se impone en la obediencia a la autoridad. No podemos ponernos al lado afuera a juzgar y condenar. Somos obedientes a la autoridad y ante ella expresamos nuestra verdad.

Es difícil ser obediente con las autoridades cuando la información es difícil o casi no existe. Eso hace necesario ser permanentes buscadores de la verdad y constructores de la paz. No podemos obedecer ciegamente porque tenemos una fidelidad superior: el Señor. Se requiere mucha honestidad, sinceridad superior y valentía para buscar la verdad de los acontecimientos. Pero sólo así encontraremos las señales que nos indicarán el camino de obediencia a las autoridades de la tierra.

e) Obediencia a las inspiraciones del Espíritu Santo.

Cada persona debe ser una nota alegre en el concierto de la creación. Cada uno es creación original de Dios ya que no existen idénticas personas.

Dios quiere cristianos responsables, con iniciativas. El no bendice a los inertes o pasivos.

Dios tiene una vocación personal para cada uno de sus hijos. El va llamando a diversas tareas, al sacerdocio, a la vida consagrada, al matrimonio. Algunos están llamados a la vocación política, otros a vocaciones humanís-

ticas o de sentido social. Dios quiere sabios, artistas, literatos, científicos.

Es la acción misteriosa del Espíritu. Los carismas son dados "para la utilidad de todos" recuerda San Pablo y ese criterio del bien común es un criterio de valor. Al revés, seguir una carrera "para ganar dinero" no es un criterio de Dios.

El joven rico del Evangelio no logró descubrir el llamado de Dios "porque tenía muchas riquezas y así se fue entristecido".

Impresiona la docilidad de tantos que "lo dejaron todo" por hacer la voluntad del Señor.

La inspiración del Espíritu Santo suele ser misteriosa porque "el viento sopla donde quiere". Por eso se requiere profundidad, silencio, oración y una gran buena voluntad.

La docilidad significará siempre la invasión de Dios en el corazón. Será siempre el resultado de un corazón de pobre que descubrió el amor y la libertad en el amor.

**ALGUNAS PREGUNTAS PARA PROFUN-
DIZAR ESTE TEMA.**

1. *¿Ha pasado Ud. por una situación de obediencia "absurda" como la de Abraham o María? ¿Cuál fue su respuesta?*
2. *¿De qué manera cree Ud. que se puede estar atento hoy día a la Verdad y a la Historia para serles obedientes?*
3. *¿Es Ud. de los que primero crítica y después averigua? ¿Cómo se puede ser obediente a la voluntad de Dios?*
4. *¿Cómo se pueden superar los obstáculos para ser dóciles a la Voluntad de Dios?*
5. *¿Cómo obedecer a las autoridades de la tierra?*

capítulo 5

los heridos del camino



Capítulo 5

LOS HERIDOS DEL CAMINO

El buen samaritano recoge a un hombre herido en el camino. Era un hombre desconocido y sin mayor importancia. No sabemos su nombre y no conocemos su rostro o su historia personal.

Era sólo "un herido del camino". Hoy día existen **muchos** heridos del camino que necesitan ser **rescatados**. Son los pobres, los privilegiados **de Jesús**, y por lo mismo los privilegiados **de la Iglesia** que jamás puede olvidar que "sin los pobres no es la Iglesia de Jesucristo" (Cardijn. Fundador de la JOC).

1. ¿Quiénes son los pobres en nuestro tiempo?

Pobre no es sinónimo de trabajador manual. Muchos obreros especializados ganan mejores salarios que muchos educadores y sin embargo, el profesor no está catalogado entre "los pobres".

La gran diversidad de situaciones económicas y sociales siempre hará difícil precisar quienes son los pobres. Ayudará bastante la descripción que hace el P. Loew: "el pobre es aquel que siempre escucha; pero que jamás es escuchado".

Quien es verdaderamente pobre escucha la propaganda de radio, la televisión, las consignas, los slogans. Tiene una cultura escuchada y recibida. Escucha orientaciones de dirigentes sindicales y órdenes del partido político. En la Iglesia escucha predicaciones, consejos; pero casi nunca tiene roles con capacidad de decisión.

Quien es pobre de verdad generalmente no es escuchado. Debe esperar largas horas para ser atendido en un hospital y estará en lista de espera para conseguir trabajo. No tiene privilegios y pertenece al montón. No tiene "padrinos" o influencias y debe seguir el camino lento de los débiles. El pobre es un ser despersonalizado y generalmente postergado. No sabe hacerse oír, no es persona importante y si es analfabeto vale aún menos.

Con frecuencia el pobre es un número o una ficha más que una persona. Suele ser tratado como "caso" sin rostro y sin nombre.

Los pobres de verdad son "hombrecitos" o "mujercitas"; así, con diminutivo porque no tienen estatura para ser tratados como hombres o mujeres.

Escuchar sin ser escuchado da una condición, una manera de ser y un estilo de vida. Es una psicología que conlleva la humillación de ser menos que otros y saberse ciudadano de segunda clase. Estas humillaciones se traducen en amarguras y en violencias no expresadas que hacen mucho mal.

Esa realidad agudiza los conflictos e influye en la dureza de ese fenómeno social llamado "lucha de clases" que es una realidad humana, dolorosa y muy real aunque muchos no quieran aceptarla.

Existe la lucha de clases y no querer ver esta realidad sociológica significa entregar todo el problema a la interpretación marxista del problema. Harán bien los cristianos en ver esta realidad para interpretarla con los criterios de Jesús y así encontrar una respuesta cristiana.

La enorme distancia que existe entre pobres y ricos no es un hecho natural ante el cual sólo sea posible la resignación. Hay en esa distancia, una relación de explotación que no puede ser querida por Dios. Países ricos que se hacen aún más ricos con el sacrificio de países pobres del llamado Tercer Mundo. Al interior de los mismos países, grupos privilegiados que concentran gran parte de la riqueza y se hacen aún más ricos, con el sacrificio de una mayoría de trabajadores que ganan apenas lo suficiente para sobrevivir. Esta fuerte dependencia es muy notoria en nuestro país: hay quienes viven una irritante ostentación, derroche y lujo, junto a una gran mayoría que sobrevive arreglándose las duramente con un salario miserable. Y todavía hay una inquietante cantidad de personas que ni siquiera tienen posibilidades de encontrar un trabajo. Son los pobres, materialmente pobres, y, peor aún, los que ni siquiera pueden ser llamados pobres.

¿Es el "costo social" de una política económica? Lo que es claro es que ellos son los actuales heridos del camino. Obreros y campesinos, profesores y empleados, empujados a una lucha por sobrevivir buscando cualquier forma de ganar dinero para "parar la olla". Haciéndose serviles en su trabajo para evitar ser despedidos; sufriendo humillaciones para no provocar su despido; cesantes mendigando cualquier trabajo; cesantes disfrazados en una acción social llamada "empleo mínimo" que apenas es paliativo; mujeres empujadas a la prostitución para aportar a la sobrevivencia de la familia.

El costo social, doloroso e irritante, crea una situación de colonialismo agudizado. Colonialismo porque esa gran mayoría sufriente está afuera de nuestra sociedad. Está herida junto al camino. No tienen acceso a la salud, a la educación, a la participación, a la vida. Están allí a la espera de que alguien les tienda la mano, les ofrezca la ayuda, un paliativo. Y hemos llegado a esta nueva forma dolorosa de paternalismo, tan peligrosa como dolorosa, que obliga a crear acciones de asistencialidad.

Es el colonialismo en que unos pocos se preocupan por decidir la marca del nuevo televisor a color, mientras muchos se duermen con la angustia de que mañana otra vez deberán salir a buscar cómo alimentar a la familia.

Existen diferencias e injusticias irritantes. Tan-

tos hombres creados a imagen de Dios que viven situaciones de explotación. Vivimos "una situación de pecado" y nuestra sociedad occidental está en pecado mortal por no querer ver la realidad de millones de hijos de Dios que pasan hambre y no tienen hogar propio porque reciben salarios injustos e inhumanos.

2. La posición de la Iglesia.

La Iglesia y los cristianos que quieren seguir lealmente a Jesús, deberán entrar y comprender esta realidad, ese mundo obrero y campesino, que está formado por la mayoría de la humanidad.

Mucho debe aprender la Iglesia en la vida de los pobres, para entender a Jesús y su Evangelio. La pobreza verdadera, la que no se fabrica artificialmente, se aprende en el corazón de los hombres de la tierra, se aprende al comparar con ellos lo que tienen y lo que no tienen.

Los pobres no intelectualizan la pobreza porque simplemente la viven. Ellos saben la inseguridad del trabajo que se puede perder, de la falta de dinero para pagar el doctor, de lo difícil o casi imposible que un hijo inteligente pueda seguir una carrera universitaria de calidad.

La pobreza verdadera se aprende en los hospitales, en las cárceles, en los barrios que no tienen pavimento en sus calles, en las

poblaciones callampas. Se aprende entre los cesantes, entre quienes son "nadie".

Dormí algunas noches en una población callampa donde los ratones se habían comido las orejas y las narices de algunos niños. En esas noches entendí vivencialmente lo que significa la palabra pobreza en seres humanos que son hijos de Dios.

La actitud del buen samaritano nos muestra un camino a seguir. Es el mismo Jesús quien nos pide que nos preocupemos por los heridos del camino. Que dejemos nuestros prejuicios y nuestros programas para atender al herido. Que entreguemos nuestros bienes, nuestro tiempo, y a nosotros mismos para ayudar a que estos heridos se pongan de pie. Con la actitud del samaritano que no crea dependencias, que no busca que lo sigan, que lo admiren, que pasa inadvertido. Así, el buen samaritano permite que el herido no solo recupere la salud, sino que también lo dignifica como persona.

Los cristianos debemos apoyar a quien lo necesita; pero tengamos cuidado con nuestras obras asistenciales mal llevadas o realizadas por obligación, o por complejos de culpabilidad.

Los cristianos debemos hacer obras de asistencia porque las necesidades son muchas y muy reales. Ojalá que sepamos tratar en forma adulta y respetuosa a quienes apoyamos. El paternalismo hace daño porque no deja crecer

a las personas y en nuestra Iglesia ya existe una cuota bastante alta de ayuda paternalista. La buena intención nos disculpará delante de Dios; pero los errores cometidos por actitudes paternalistas o prepotentes son pagadas por quienes reciben apoyo dado en esa forma torpe.

Los cristianos, a imitación de Jesús, debemos ponernos del lado de los despreciados, de los que sufren, de los marginados. No se trata de que todos seamos igualmente pobres. Se trata de que nuestra preferencia, nuestros puntos de vista, estén en primer lugar por los que sufren, por los pobres, por los "don nadie". Desde allí podemos hablar de pobreza y llamar la atención al rico, al poderoso. "En efecto, la "locura" de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres; y la "debilidad" de Dios es mucho más fuerte que la fuerza de los hombres" (1 Cor. 1,25).

La Iglesia deberá siempre insistir en que en cada ser humano adulto late el corazón de un hijo de Dios que merece respeto y que no merece ser tratado como menor de edad.

Es tarea de Iglesia hacer todo lo posible para que los que tienen capacidad de decisión sepan crear mecanismos de participación que hagan crecer a quienes están subordinados a sus disposiciones.

¡Qué grave error es promulgar leyes sociales o del trabajo sin una participación real del mundo obrero y campesino. Es una trágica

equivocación, para decir lo menos, disponer de las personas como si fueran cosas o menores de edad.

Es tarea de Iglesia trabajar siempre porque todo ser humano sea tratado como persona, porque siempre estará vigente el juicio de Jesús: "trata a los otros como tú quisieras ser tratado".

No existen hombres de primera clase o de segunda. Jesús vino a liberar a todos los hombres y a todo el hombre. No entender esta verdad significa renegar de la fe cristiana.

Todo un trabajo se presenta por delante; pero la Iglesia será la Iglesia de Cristo si vive estos principios en forma consecuente. Un país será cristiano no por su etiqueta o por autodenominarse cristiano, sino por la vivencia y el respeto a todos sus ciudadanos.

Seguramente todos tenemos que escuchar con más respeto y profundidad. Por algo el proverbio chino dice que "el hombre tiene dos orejas y una boca...".

3. La Iglesia y los ricos

Se escucha con alguna frecuencia hoy que la Iglesia sólo piensa en los pobres y que se ha olvidado de quienes poseen abundancia de bienes materiales. Algunos afirman que la Iglesia actualmente ha marginado a los poderosos y sólo piensa en los más débiles y necesitados.

¿Qué pensar de estas afirmaciones? ¿Será verdad que los ricos han sido marginados de la Iglesia?

Jesús y su Iglesia no desean excluir a nadie del Reino de Dios. De hecho Jesús murió y redimió a todos los hombres y "ante Dios no existe excepción de personas" nos recuerda la Biblia. Esa verdad es válida en todos los tiempos.

Muchos de los llamados "ricos", palabra ambigua e indeterminada, tienen grandes problemas de soledad e incompreensión y están tan necesitados de amor como los pobres.

Las crisis familiares, las enfermedades y las frustraciones llegan a todas las esferas sociales y todos necesitan el amor y la salvación que ofrece Jesús.

Jesús tuvo algunos amigos adinerados; pero su mayor energía la dedicó a los más necesitados y no sólo porque eran la mayoría en su tiempo. El no rechazó a las personas con poder o dinero; pero es indudable que tuvo un cariño especial por los pobres y por los humildes de la tierra.

El Evangelio recalca lo difícil que es para un rico vivir las enseñanzas de la pobreza del corazón. La historia del joven rico que rechazó el llamado a seguir a Jesús porque tenía muchas riquezas es muy clarificador (Lc. 18, 18 ss.).

La Iglesia, a ejemplo del Señor, debe tener

abiertas las puertas para todos, ricos o pobres, poderosos o débiles y deberá ser universal. Eso sí que deberá entregar el Evangelio con toda su radicalidad aún cuando sea incomprendido por muchos.

La Iglesia desea que los ricos sean realmente hermanos de los pobres. Toda la doctrina social contenida en sus enseñanzas trata de orientar a la humanidad a vivir las consecuencias del Evangelio. Quienes interpretan los llamados de la Iglesia a una sociedad más justa y hermana como una intromisión indebida en política contingente, están tergiversando el Evangelio.

La Iglesia entiende lo difícil que es ser cristiano teniendo abundancia de bienes materiales. La única solución será aceptar que los bienes son de Dios y de la tierra y que los hombres son sólo administradores de los bienes de Dios. El administrador no es el propietario. Esa visión abre el camino para vivir de acuerdo con el Evangelio.

Siempre se requiere revisar posiciones con serenidad, en forma humilde y realista. Será necesario un esfuerzo de todos para encontrar los caminos del diálogo y la comprensión. Eso lo pide Jesús hoy y siempre. El lo pide a todos, sin excepción.

**ALGUNAS PREGUNTAS PARA PROFUN-
DIZAR ESTE TEMA:**

1. *¿Cómo hacer que la Iglesia no sólo vaya al pobre sino que pertenezca a los pobres?*
2. *¿Sabemos oír y entender a los otros?*
3. *¿Vislumbramos el rostro de Jesús en los enfermos, en los cesantes, en los más necesitados?*
4. *¿Qué debe hacer la Iglesia y los cristianos frente al problema social?*
5. *¿Cómo desarrollar en la juventud la sensibilidad social?*

capítulo 6

algo parecido a una brújula



Capítulo 6

ALGO PARECIDO A UNA BRUJULA

Este capítulo final sólo pretende ser una ayuda memoria o una brújula para que los peregrinos servidores no se pierdan en el camino. Solamente es un resumen, casi un enlistado, del equipaje para viajar porque un hombre sin rumbo es semejante a un barco sin timón.

1. Meta final: Evangelizar construyendo el Reino de Dios

Todas las enseñanzas de Jesús van encaminadas a construir el Reino de Dios y por eso Paulo VI recuerda que "sólo el Reino de Dios es Absoluto y todo el resto es relativo" (8 Dic. 1975 E.N. 8).

El Reino de Dios está por encima de todo y es semejante a las perlas finas por las cuales se vende todo (Mt. 13,45 ss).

¿De qué Reino se trata?

Cuando Jesús dice: "Mi Reino no es de este mundo" algunos lo han entendido pensando únicamente en el cielo en donde sólo importan los valores eternos y espirituales.

Es verdad que El piensa en la vida eterna a la cual estamos destinados; pero también piensa

en esta vida y así dice "El Reino de Dios está dentro de Vosotros".

El Reino de Dios no es como los reinos de la tierra en donde reina la injusticia, la explotación y se busca el poder y la dominación. El Reino de Dios es un reino de justicia, de paz y de verdad, pero no están reservados la justicia, la humildad, el amor fraternal sólo para el cielo. Jesús quiere que sea una realidad ya, aquí abajo. En sus discusiones con los fariseos y los doctores de la ley, Nuestro Señor denunciaba la separación de lo espiritual con lo temporal. Decía: "hipócritas, ustedes quitan sus casas a las viudas y luego para disimularlo hacen largas oraciones" (Mt. 23). "Uds. limpian por fuera el vaso y el plato, pero por dentro están llenos de lo que han conseguido por robo y avaricia" (Mt. 23). La separación de lo espiritual con lo temporal no está en el Evangelio sino en la mentalidad de los hombres que suelen limitar la religión cristiana al culto y a las oraciones. Es cierto que son aspectos de la religión y forman parte de ella, pero hay otros aspectos tan importantes como el amor fraternal, la justicia, el bien común. Decía Jesús: "Esto es lo que deben hacer sin dejar de hacer lo otro".

La meta final del caminante cristiano es construir el Reino que tiene al menos dos dimensiones concretas: la denuncia de los falsos valores que se nos presentan como si fueran importantes para cada uno de nosotros y el ayudar a que crezcan los brotes del

Evangelio que ya están presente en nuestro medio.

La denuncia requiere de la valentía de los cristianos que saben que luchan por la Verdad. Y la acción positiva será desarrollar valores presentes en nuestro medio, muchas veces ocultos y silenciosos. Esos brotes o semillas del Evangelio que hay en tantos grupos y en tantas personas que viven la solidaridad, que se ayudan mutuamente, que dan testimonio del servicio desinteresado a los demás.

Son las semillas del Evangelio que hay en quienes buscan la verdad y la tratan de explicitar. Son los brotes del Evangelio que hay en aquellos que tratan de crear nuevos caminos de participación y de diálogo.

Nuestra mirada debe estar siempre puesta en el Reino definitivo que construirá el Señor con nuestra participación, con nuestro esfuerzo. No podemos instalarnos aquí. No podemos hacer de esta vida nuestra seguridad. Tenemos una seguridad que pedimos cada vez que rezamos el Padre Nuestro: Venga a nosotros Tu Reino.

Construir el Reino se llama Evangelización, tarea final y fundamental de la Iglesia y de los cristianos.

Jesús el Gran Evangelizador da el ejemplo. El anuncia la salvación liberadora, y predica la Palabra que redime y eleva. Los cristianos debemos ser los servidores y los anunciadores del Reino.

2. Tres virtudes sin las cuales el viaje fracasa.

a) Se necesita *Fe* en primer lugar. Es la fe en el Cristo Resucitado, en su persona, en su Mensaje. La fe en la Resurrección final, en el triunfo del amor sobre el odio y del perdón sobre el rencor.

La fe que es mucho más que sentimiento o una emoción. Es la confianza puesta en Jesús, el peregrino de Emaús. Es esa fe a la manera de Abraham y de María que hace caminar por donde sea, para hacer la Voluntad divina.

b) Se necesita *Amor*, será siempre la síntesis de todo el mensaje cristiano.

c) Se necesita *Esperanza*. Podría pensarse que hasta el amor y la fe; pero la esperanza es el nexa que une a ambas virtudes y constituye como el lubricante para el camino. La esperanza, aparentemente la más débil de las tres virtudes teologales hace posible el amor y la fe. La esperanza ayuda a superar las dificultades del viaje y es la fuerza que supera las crisis de fe y las debilidades del amor.

El buen samaritano tenía fe en Dios y en los hombres. Estaba dotado del amor para salvar hasta un enemigo y vivía en la Esperanza.

Los cristianos completos son los que caminan con estas tres virtudes complementarias entre sí. Son las grandes herramientas para el viaje.

3. El estilo del viaje que muestra el sermón de la montaña.

Para que el viaje sea ligero y no una aventura fracasada se requiere un estilo adecuado. Si se quiere construir el Reino de Dios habrá que encontrar el estilo del Evangelio. Ese estilo está dibujado en el sermón de la montaña y en las 8 bienaventuranzas. Allí están expresados los medios y los rasgos para esa "conducta humana" que los Obispos de Chile queremos hacer resaltar en nuestra Iglesia para los próximos tres años de una manera especial.

En el sermón de la montaña se recomienda el uso de los "medios pobres" o sea del amor, el perdón y la cruz. Allí se muestra el valor de los mansos, de los misericordiosos y de los limpios de corazón, por sobre el valor de los prepotentes y de los ambiciosos.

Entre los diversos matices que marcan el estilo del viaje sólo se indicará que Jesús propuso el camino de la no violencia activa.

Propone colocar la otra mejilla cuando somos agraviados y pide que la violencia sea superada por el amor. Le dice a Pedro que quiere defenderle con una espada que "meta su espada en la vaina porque todos aquellos que usan la espada, por la espada morirán". (Mt. 26,52). "Es llevado como oveja al matadero y no abrió sus labios". El podía llamar

legiones de ángeles para defenderse; pero no lo hace (Mt. 26,53). Sólo una vez golpeó con un látigo a los mercaderes del templo; pero fue por la gloria y el respeto a las cosas del Padre; pero nunca usó la violencia en defensa propia.

Así lo entiende la Iglesia, "Nadie entre nosotros pone resistencia cuando vienen a arrestarle, ni trata de vengarse él mismo de vuestra injusta violencia, aunque nuestro pueblo sea numeroso y extendido. No nos está permitido odiar y agradamos más a Dios cuando no respondemos al mal que se nos hace. Cambiamos vuestro odio por nuestra dulzura". (San Cipriano).

4. La visión en profundidad que trae la vida de oración.

A través de la oración el hombre entra en comunicación con Dios y abre su corazón a la gracia. Sólo así se podrá recorrer el viaje hasta llegar al final feliz. Sólo con una vida de oración se pueden sortear las dificultades y los imprevistos del camino.

El viaje debe ser acompañado con el peregrino de Emaús, con Jesús que se prolonga en los cristianos y que acompaña en las dificultades y en las alegrías.

Es únicamente la vida de oración la que da

una visión contemplativa y profunda de las cosas y de las personas. Sin oración no se encuentra el sentido a lo que sucede y todo aparece difícil.

Es necesario aprender a poner la mente y el corazón en la presencia del Señor; abrirse a su Palabra; ser silenciosos por dentro; siempre será fundamental que los cristianos tengan momentos de silencio con Dios.

Hay un gran camino que los cristianos debemos recorrer. Porque la oración humilde y silenciosa ante Dios nos pone ante El para que sea El quien nos lleve donde quiera. Dejamos de ser nosotros los que pedimos, los que sabemos lo que queremos, los que programamos nuestro crecimiento espiritual. Y empieza a ser el Amor de Dios quien nos va llevando de la mano. Empieza a ser el Amor de Dios el que empieza a llenarnos el corazón. Nosotros sólo abrimos el corazón gratuitamente para que El crezca en nosotros.

En el silencio, Dios se apoderará de nosotros y nos hará capaces de convertir nuestro corazón y tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús.

Dejándonos llevar por la Gracia de Dios, en la oración humilde, podremos llegar a que sea el Señor quien nos libere en nuestro corazón. El es el Liberador.

La oración siempre será "el cerrojo de la tarde y la llave de la mañana" como escribió hermosamente Gandhi.

Estas cuatro pautas que sólo pretenden ser líneas de orientación podrán ayudar a no perder el destino.

Estas cuatro líneas quisieran servir a manera de brújula para quienes siguen el ejemplo del buen samaritano. Sólo así el consejo de Jesús: "Haz tú lo mismo", será transformado en realidad.

† CARLOS GONZALEZ C.



Esta publicación cuesta editarla,
envíe su aporte a la Vicaría de la Solidaridad

septiembre 1978